

El fracaso: sinsabores sobre escritura y ciencia

Joel Feliu

Universitat Autònoma de Barcelona
joel.feliu@gmail.com

Adriana Gil-Juárez

Universitat Rovira i Virgili
adriana.gil@urv.cat

Resumen

Este cuento académico explica la historia de un profesor de psicología social que un buen día decide hacerse escritor, pero como no tiene formación adecuada para ello, ni voluntad suficiente, ni nada en su personalidad ayuda a tal menester, decide hacer escribir a sus estudiantes narrativas autoetnográficas, esperando que al menos eso le obligue a predicar con el ejemplo. Por el camino recluta a otra profesora, lo cual le hace sentirse acompañado un tiempo, sin embargo la profesora sí es alguien serio y ella sí escribe un relato autoetnográfico, y a modo de un final parcialmente feliz, consigue también que una de sus doctorandas escriba una tesis autoetnográfica. Mientras tanto el profesor no es capaz de escribir nada, lo que le obliga a justificar a qué ha dedicado tanto tiempo desarrollando una serie de argumentos sobre escritura y ciencia que luego refleja en un artículo que, con mucha ayuda, escribe para la Revista Umbral.

Palabras clave: escritura, ciencia, prácticas de psicología, estudiantes de psicología, autoetnografía

Abstract

This academic tale tells the story of a social psychology professor that one day decides to become a writer, but, not having enough will power, nor an adequate technical background, moreover not having a single personality trait helping this happen, he decides his students will write autoethnographical narratives, hoping that at least this will necessarily compel him to practice what he preaches. Along the road, he inducts another professor, making feel him less alone for a while, however she is somewhat more reliable and happens to write an autoethnographic story, moreover, as a partial happy ending for this story, she gets one of her Ph.D. students to write an autoethnographic thesis. Meanwhile, he cannot write a single line, which drives him to develop a series of arguments on writing and science to justify to what the hell he has been devoting his time that finally end in a paper he writes, with much help, for Revista Umbral.

Keywords: writing, science, psychology practicum, psychology students, autoethnography

*Tumbada en el sofá y viendo un concierto en la pantalla.
De lado, con el brazo doblado, apoyo la mejilla sobre la palma de mi mano.
Pierna izquierda doblada.*

Derecha, estirada.

*La mano libre toca mi cintura que destapo.
Sigo su contorno y
siento un cuerpo más distante.*

*Lo he dejado de lado, estoy pendiente de otras cosas,
ya no lo fuerzo,
ya no es para mi la herramienta para conseguir aquello.
Esos músculos descansan tras un largo trabajo.
No los endurezco, no los cuido ni los estiro, no les doy masajes y ánimos para seguir...*

y al poner atención ahora, veo que

Parece que toqué a otra.

(T. F., estudiante de psicología)¹

Cuando T. entró en tu despacho, en el verano del 2007, no te lo esperabas, hacia calor, ya no quedaban estudiantes en la facultad y esa propuesta llevaba un par de años colgada en el tablón de la facultad y nadie se había interesado por ella. Secretamente te satisfacía ese estado de cosas, cumplías con el encargo de la facultad de ofrecer un practicum de investigación, quedabas bien y no te generaba trabajo. Pero T. traía ganas de escribir, y tú habías pedido justamente eso en el anuncio de un practicum de investigación² al que

¹ Antes que nada es imprescindible agradecer sinceramente a todos los estudiantes que participaron en este cuento pensando que era realidad: Tina, Candela, Andrea, Jordi, Víctor, Jazmin, Juliana, Barbara, Maria, Florència, Tània, Irma, Elizabeth, Horacio, Maria, Albert, Serena, Pablo, Àngela, Simone, Bernat, Javier, Cristian, Carolina, Sergi, Claudio, Alfredo y Sandra.

² Los estudiantes de la licenciatura en Psicología de la UAB pueden escoger entre realizar sus prácticas obligatorias en un centro externo, que razonablemente siempre ha sido la opción mayoritaria, o bien en uno de los departamentos de la facultad, colaborando con las investigaciones del profesorado.

llamaste «Nuevas modalidades de investigación cualitativa: la autoetnografía», y cuyos requisitos eran: interés por la investigación cualitativa, dotes de observación y habilidades de escritura; aunque no sabías muy bien qué podían ser cada una de estas tres cosas, ni como se demostraban, presumías que quién pensara que las cumplía o quisiera hacer ver que las cumplía, te serviría.

En realidad la propuesta de practicum solo era una excusa para obligarte a ti mismo a trabajar en una dirección que te parecía interesante: darle una vuelta de tuerca más a los giros textuales, discursivos, narrativos, o como se le quiera llamar a lo que ocurrió en ciencias sociales después de Wittgenstein, el Segundo, hacerle un giro al giro, vaya. Supuestamente, este segundo giro, al que describías como de la lectura a la escritura, resolvería algunas de las contradicciones epistemológicas que veías en la investigación cualitativa al uso y de las que participabas: básicamente, el manejo de un discurso no-realista o incluso anti-realista en artículos escritos usando las retóricas habituales en la academia. T. Llegó para obligarte a trabajar, pero no cumpliste con tu parte del pacto.

Aprovechando tus apuntes de un curso de doctorado sobre escritura que empezaste a dar unos años antes, acababas de publicar en la revista del departamento una reseña del libro de David Locke, *Science as Writing* (Feliu, 2006), con la intención de cubrirte las espaldas en tus futuros proyectos, aunque difícilmente se pueda considerar trabajo comentar un libro que habías leído con gusto... Lo que pasaba es que la culpa te corroía por pretender enseñar sobre autoetnografía y no haber escrito nunca una, así que te apresuraste a publicar otro material procedente de tus apuntes que acabó también en la revista del departamento (Feliu, 2007). De entre las *nuevas formas literarias para la psicología social*, como las llamaste en aquél material, la autoetnografía era la mejor modalidad para ser «vendida» de forma más o menos exitosa a un público académico usualmente reacio a los experimentos literarios. Las otras modalidades eran más peligrosas, puesto que consistían en ejercicios de alto riesgo, como hacer poesías a partir de las sensaciones provocadas por los entrevistados, obras de teatro dramatizando las transcripciones de las entrevistas, cuentos o incluso novelas a partir de las anécdotas vividas por los participantes en las investigaciones, o lo que podía ser peor «collages» con un poco de todo.

Por ello, cuando T., estudiante de psicología de último año, entró y te dijo que quería seguir el practicum, que quería escribir y que le parecía que eso de la autoetnografía podía ser interesante, te dio la oportunidad para aprender junto con ella y no, como tú la tomaste equivocadamente, una oportunidad para enseñar algo que realmente no sabías. Claro que no tenías un tema sobre el qué escribir, nunca tuviste ese llamado a gritos que le pide a uno levantarse a las cinco de la madrugada para escribir, y T. sí. T. acababa de dejar el deporte de élite, justo el año antes de unas Olimpiadas, lo cual no sólo tenía la gracia de ser mal visto por su familia, sus entrenadores y sus compañeras de equipo, sino por el país entero, que a falta de pan, tenía puestas grandes esperanzas en el circo. Así que T. se puso a escribir, mientras tu ibas opinando sobre lo que ella conseguía.

Tres años antes de T., ya habías impulsado a tus estudiantes de Psicología Cultural a inspirarse en las propuestas narrativas de Bruner (1991) y les hiciste escribir sobre situaciones en las que consideraran que podían vislumbrar la conexión entre su individualidad y el contexto social y cultural en la que esta tomaba forma. Te divertiste durante dos cursos, al cabo de los cuales tuviste que reconocer que aunque estabas aprendiendo mucho sobre cultura juvenil, no era nada obvio que los estudiantes estuvieran aprendiendo algo. Decidiste forzar un poco más la presencia dentro de sus relatos de los conceptos tratados en la asignatura, por lo que estos perdieron rápidamente toda espontaneidad y todo interés... te quedaste sin relatos. De esas primeras buenas historias destaca sin duda alguna la de los estudiantes que se pasaron una noche preparando una orgía que nunca tuvo lugar... pero su recuerdo, aunque te hizo sonreír, no consiguió que te pusieras a escribir tus propios relatos.

Por aquel entonces, el curso de doctorado que estabas dando giraba alrededor de las etnografías de los antropólogos postmodernos (para una introducción poco amistosa se puede leer a Reynoso, 1996 y para una más amigable a Feliu, 2004). Al haber defendido tu tesis un par de años antes (Feliu, 2001), te parecía que lo que podías aportar al doctorado en psicología social era, primero, lo que habías expuesto en ella, que los antropólogos culturales habían deconstruido el concepto de cultura de una manera importante y que ese trabajo no había llegado a la psicología, y, segundo, algo de lo que te diste cuenta después, que lo

habían hecho modificando su forma de trabajo, sometiendo a duras críticas no solamente el concepto de cultura sino también la manera de llegar a él: las etnografías. Eso ciertamente merecía la pena ser relatado en un curso metodológico.

Aunque el primer año tuviste estudiantes en el curso, en el segundo la propuesta no pareció interesar a nadie, así que fuiste más al cine, lo que te dio la oportunidad de sentirte mal, regresar a tu casa y descubrir allí la segunda edición del Handbook of Qualitative Research coordinado por Norman Denzin y Yvonne Lincoln (2000). Por supuesto no estaba allí por casualidad ni tu biblioteca tenía vida propia, simplemente no eras el único psicólogo social en casa. Al hojearlo te diste cuenta de que en Sociología y en Ciencias de la Comunicación, especialmente en algunas universidades de Estados Unidos, había gente deconstruyendo las metodologías cualitativas que practicabas y que la crítica ya había llegado mucho más allá de las etnografías que realizaban los antropólogos. Por ejemplo, Laurel Richardson y Carolyn Ellis, junto con Arthur Bochner, tenían sendos capítulos sobre escritura, autoetnografías y narrativas. Con estas lecturas y alguna más (no muchas) enfrentaste el siguiente año de doctorado con una propuesta de curso titulada: «La condición de la escritura en ciencias sociales: problemática y debates entorno a la creación de conocimiento». Para que no quedara duda que tenías razón y que valía la pena que los estudiantes gastaran sus créditos en tí, el curso lo presentaste con frases cortas y asertivas, siguiendo el estilo literario habitual de los resúmenes:

«Este es un curso sobre el momento de escribir en el proceso de la investigación. Es decir sobre el poder de la escritura. La posmodernidad no ha pasado en vano por la psicología social, ni por el resto de ciencias sociales. Ha aportado un debate crucial sobre las formas de expresión de la ciencia establecida y los efectos de poder que se desprenden de ella. Los estudios sociales de la ciencia y la tecnología han contribuido a esclarecer las ficciones a qué nos aboca el método científico, sobre todo en las denominadas ciencias “duras”. Las etnografías experimentales de la antropología posmoderna han establecido la duda sistemática sobre la autoridad del etnógrafo y sus escritos. Tanto si hablamos de metodologías cuantitativas como cualitativas, la preocupación por los efectos de poder de la producción de conocimiento científico está a la orden del día. Pero además cabe

preguntarse, como hace Richardson (2000), si lo que escribimos ya lo sabíamos antes de escribirlo y si el contenido es independiente de la forma. En este curso nos proponemos ir a la busca de nuevas formas literarias que cuestionen los efectos de poder habituales, sin perder de vista el objetivo final de la producción de conocimiento en forma de reflexión de la sociedad sobre sí misma. Para hacerlo hará falta librarse de algunas dicotomías problemáticas como por ejemplo la separación entre objeto y sujeto, entre realidad y ficción, entre la forma y el contenido y, claro está, entre los resultados de la búsqueda y su inscripción en cualquier dispositivo material.»

Gracias al resumen, o a pesar de él ya que nunca preguntaste, conseguiste algunos estudiantes. Lamentablemente, el doctorado no era un buen contexto para poner a los estudiantes a escribir autoetnografías, aunque tuviste suficientes estudiantes durante los dos años en que se programó (2005-06 y 2006-07), cada uno de ellos venía con su proyecto de tesis bien definido, así que en realidad no había ni posibilidades, ni interés, ni tiempo material para que empezaran una investigación desde cero. Por supuesto los ejercicios y trabajos realizados en esos años dieron sus frutos para la revista del departamento (se pueden ver algunos publicados en el número 12 de Athenea Digital (Mena, 2007, Farré, 2007, Passols, 2007; Vera, 2007; Morillo, 2007), en una carpeta sobre autoetnografía que coordinaste con A., tu mujer, también profesora de psicología social, que andaba haciendo cosas similares en sus cursos y que se dejó reclutar fácilmente en esta aventura de fracaso. A. coordinaba un seminario sobre tecnología y emociones y se le había ocurrido pedirles a los estudiantes que llevaban la sesión, que hicieran un relato autoetnográfico sobre su acercamiento a Internet o a las TIC en general. El relato de E., doctoranda de A., fue más que interesante, y sorprendente, porque E. le había contado a A. que se había visto en serios apuros con otros enfoques, que se le había dificultado escribir y dar cuenta de su propia experiencia, y en cambio, en este relato no había sentido ese tipo de problemas, que supo que había mucho qué decir enseguida, aunque luego no fuera fácil tampoco escribirlo, claro. Esos relatos acabaron de completar la carpeta sobre autoetnografía de Athenea Digital (Aguirre, 2007; Espinosa, 2007; Gil, 2007).

La experiencia en el doctorado te acabó de convencer de que no tenías muchas

posibilidades: o bien usabas de una vez esta metodología en tus propias investigaciones -- planteándote nuevos temas, cambiando tu forma de escribir, asumiendo todas sus dolorosas consecuencias...-- algo complicado y que te daba cierta pereza, o bien ya renunciabas a dar el giro del giro, aunque si pudieras conseguir estudiantes de practicum que lo hicieran por ti... Ellos sí podrían empezar desde cero y contarían con un año por delante. Puede que ese día de verano de 2007 no andaras pensando en nada de eso, pero fue en ese contexto que T. entró por la puerta de tu despacho. Unos meses más tarde, la suerte volvió a golpear a la puerta de tu despacho y C., una estudiante del nuevo “Master en Psicología Social adaptado a los requisitos de Boloña” también llegó con ganas de escribir su artículo de finalización del máster «de otra manera» (Poó, 2009). Tu plan secreto para empezar a escribir se estaba poniendo en marcha.

Sabes que escribir no es fácil, pero hacer que otros escriban tampoco lo es. Con T. y con C. tuviste que improvisar mucho, y sobre todo comprobaste con tu fracaso que no era lo mismo contar de la existencia de las autoetnografías que hacer una. Los ejercicios realizados en los cursos de doctorado supusieron un tratamiento novedoso de los datos que ya manejaban tus estudiantes, pero su alcance era limitado. Una cosa es encontrar nuevos usos a una percha, una lavadora o un neumático y otra inventarlos. T. y C. tenían que buscar, narrar y analizar simultáneamente, en lo que representaba una investigación completa. El objetivo de T. era contar su experiencia personal al retirarse antes de tiempo del deporte de élite, algo que no se hace sin consecuencias personales y sociales. C. quería reflejar como la medicina convencional le ofrecía una imagen inadecuada de su cuerpo, de manera que no solo acababa teniendo que enfrentarse a su enfermedad sino al sistema de representación corporal y a las ideas de salud del mundo occidental. Tu objetivo como profesor era que lo pudieran contar en forma narrativa pero contrastando su narración con la literatura científica vinculada a su tema, de manera que pudieran ofrecer narraciones complementarias, o alternativas si se daba el caso. T. y C. querían sentirse mejor sin duda, tú solo querías ponerte a trabajar, algo que aún no has hecho, y se te están acabando las excusas... Porque después de ellas, y por su culpa no cabe duda, has tenido estudiantes de practicum y tutorandos de máster sin interrupción. Y no por ello te has puesto a escribir... ¿no te das

cuenta de que algo fallaba en tu plan?

A pesar de las dificultades que supone tutorizar cualquier proyecto autoetnográfico sin haber escrito uno, tus esperanzas de ponerte a escribir te impidieron decirle que no a nadie, así que sucesivamente fueron llegando D., G., L., N., S., V., U., K., P., y O... cada uno y cada una con sus historias personales, con sus ganas de escribir, con sus retos y sus posibilidades. No todas fueron escritas, no todas las que se escribieron consiguieron ser escritas de manera bella, no todas las que fueron escritas de manera bella fueron realmente autoetnografías, pero de cada una aprendiste algo, y al final de todas aprendiste que solo hay una manera de escribir: haciéndolo.

El alud de estudiantes te confrontó con las dificultades que supone traspasar la idea de la autoetnografía a múltiples estudiantes, no solamente con múltiples historias, sino también con diferentes capacidades a la hora de expresarse por escrito, con intereses cambiantes y con un background diverso en cuanto a metodologías y voluntades de investigación. Ante el problema de cómo compartir la idea de que escribir bonito no solo vale la pena, sino que es una valiosa herramienta de investigación, usaste el camino más sencillo: el argumento de autoridad. Alguien, alguien importante, alguien que ya ha publicado mucho, alguien reconocido, ya lo hizo y no le pasó nada, al contrario fue vitoreado por muchos de sus congéneres. Así que te dotaste de un buen dossier de lecturas, algunas publicadas (Richardson, 2000; Ellis y Bochner, 2000; Tillmann-Healy, 1996; Ronai, 1996; Fox, 1996; Esteban, 2004) y otras no, e intentaste convencer a tus estudiantes de que las leyeran. Como muchos de los textos estaban en inglés, al parecer, por la cara que ponían, una lengua a medio camino entre el hebreo y el griego, se inclinaron sistemáticamente por los textos en castellano o catalán, lo cuál te echó por los suelos el argumento de autoridad, ya que ninguno de ellos había sido nunca publicado en una revista de impacto y la mayoría ni tan siquiera publicados...

Si la autoridad no funcionaba como argumento, dado que esos textos no los habían escrito investigadores reconocidos sino tus amigos, tus antiguos alumnos, y profesores precarios de otras universidades, ninguno de los cuáles había ganado el premio Nobel, aún, entonces

¿cómo convencerías a los estudiantes del practicum de psicología, de que se habían apuntado a un practicum que sí era de investigación? ¿Cómo les explicarías que lo que iban a escribir sí era investigar? ¿Cómo les dirías que no era cierto que hubiesen caído en las astutas manos de un profesor que los iba a estafar para dar rienda suelta a sus fantasías epistemológicas? ¿Y, cómo ofrecerles entrar a formar parte de un equipo de investigación consolidado en el seno del cual aprenderían a investigar? Bueno, sobre eso último estaba claro que no había nada que hacer, no tenías equipo, aunque te apoyaba A., quien a esas alturas ya reclutaba a más gente y estaba a punto de dirigir el reciclado de una tesis doctoral fallida sobre la sequía para convertirla en autoetnográfica. Esto no era un plan secreto para conseguir legitimidad a través de la presentación de una tesis doctoral, hubiera sido un buen plan, pero eso no se les ocurrió hasta más tarde, cuando realmente empezaron a echar en falta el apoyo que hubiera supuesto una tesis así, claro, estas ideas sólo se piensan en los momentos en que la tesis parece no acabarse nunca, como pasa con todas las tesis...

Para las tres primeras preguntas, las que sí se podían resolver, es decir para convencer a tus estudiantes de que sí estaban haciendo investigación, tuviste que echar mano de ese triste recurso retórico que consiste en afirmar que la ciencia es lo que hacen los científicos, y punto. Como hicieron muchos profesores, durante el período que ha convenido en llamarse de crisis de la psicología social, ante las insistentes dudas y los percances sufridos por cada una de las definiciones de lo que era la psicología social, que optaron por empezar sus cursos diciendo que la psicología social era lo que hacían los psicólogos sociales, y acto seguido se embarcaban en un listado de las posibles actividades que podían realizar dichos sujetos, les dijiste que, entre las diferentes escrituras que uno puede producir con voluntad de reflejar una situación dada, un conocimiento adquirido o una experiencia vivida, es difícil distinguir o demarcar claramente cuáles pueden ser consideradas producción académica, científica, y cuáles no, pero que hacerlo era importante porque si a la producción de conocimiento y a la voluntad de no producir una ficción nos referimos, entonces el trabajo de muchos escritores y, peor aún, de tantos periodistas, podría acabar siendo considerado trabajo científico, algo que por supuesto tú no deseabas que ocurriera. Lamentablemente, reafirmar esta distinción no solo no resolvió nada, sino que además fue un argumento de

autoridad inútil: no convenciste a nadie, con lo cual te viste obligado a usar un recurso más acorde a la imagen que te haces de la ciencia: los argumentos.

Intentaste convencer a tus estudiantes para que vieran la ciencia como una conversación que llevan a cabo personas que se consideran a sí mismas científicos/as. El argumento es psicosocial en el fondo: el hecho de incluirse uno en una comunidad que se llama a sí misma científica, lo obliga a uno a una serie de convenciones, no todas identitarias, algunas muy materiales, sobre lo que deben ser sus prácticas, tanto sus prácticas verbales, cómo se dice lo que se dice, como sus prácticas materiales, cómo se hace lo que se hace. Esas convenciones, les decías para resumir, porque las horas de atención a los estudiantes no dan para clase magistral, giran alrededor del Rigor, la Honestidad y la Transparencia, aunque por supuesto no son suficientes en sí mismos, lo más necesario es más bien algo tan prosaico como conseguir participar en la conversación, algo que se lleva a cabo en los medios controlados por la comunidad científica: las revistas, los congresos, los departamentos y las aulas. Conseguir participar en una conversación significa asumir ciertas condiciones que ésta contiene en su propio discurrir. De manera que para poder ser escuchado, uno no solo debe mostrar que es un hablante competente en ese lenguaje, sino ante todo que su intervención es pertinente y que sigue las normas. Como dirían los analistas de la conversación: que tu frase será enunciada en tu turno, justo en el momento en que una pequeña pausa te marca tu entrada, y que sea emitida sobre los implícitos compartidos por los participantes. Es decir, queda claro que para que los cuentos, dramas, poesías, etc. producidas en ese giro narrativo sean considerados científicos, deben poder ser enunciados en el contexto de esa conversación.

Por ejemplo, A. no se había dicho aún a sí misma por qué E. tenía que hacer una tesis autoetnográfica y no solo tenía que decírselo también a E. sino además convencerla, para lo cual, a parte de su certeza afectiva de que tenía que hacerse así, necesitaría también argumentos. Tenía que hacer entrar a E. en el contexto de esa conversación científica. Y como sólo se piensa hablando con los otros y es en la conversación donde salen las ideas y las acciones, se puso a hablar con ella de por qué había que hacer una autoetnografía, sin saber muy bien como llevaría esa conversación. Primero le dijo que así podría hablar de toda

su experiencia en el campo de la sequía, que podría dar cuenta de los talleres con los jóvenes, de todas las comisiones en las que había participado, del centro de investigación, del trabajo hemerográfico y del trabajo político. Pero a E. no le parecía muy claro qué interés tendría ni cómo podría dar cuenta de ello. Después le dijo que así se vería ella misma en el trabajo, que podría compartir ese interés por la sequía con todos. Y eso a E. le gustó, pero pensó que eso igualmente podría pasar si escogía cualquier otra forma de hacer una tesis. E. había estado diciendo que la sequía era un problema, y quería gritarle al mundo que era increíble que no lo viéramos, que de hecho ni habláramos de él, y que no sólo en las metrópolis existía esta indiferencia sino que también la había junto a los desiertos donde se ve pasar a los campesinos con sus vacas muertas de sed y la tierra seca y partida. ¿Cómo era posible, se exclamaba, que sólo hubiera sequía cuando el gobierno o algún organismo internacional “decretaba” la sequía y no cuando la gente sufría sus consecuencias? Y aquí A. encontró el argumento que andaba buscando. Entendió que lo que se necesitaba hacer en esa tesis era poner a todos los lectores en el lugar de los que sufrían las consecuencias de la sequía, hacerlos sentir sequía, y reflexionar sobre por qué no existe a menos que se la decrete y qué se hace cuando eso sucede. Así que A. le dijo a E. que una autoetnografía se hace cuando hay una experiencia en primera persona que tiene que ser contada, que es del interés de todos, y cuando al mismo tiempo el autor de ese relato tiene unas herramientas, una capacidad de reflexionar sobre esa experiencia teóricamente, con un punto de vista que da cuenta de lo que allí se construye, en cada una de las trayectorias...

A. convenció a E., pero no había pensado en el reto que supone dirigir una tesis autoetnográfica, ¿qué hay que decir y cómo hay que pedirle a alguien que se exponga en el papel y que reflexione sobre ello? ¿Se pide un índice o se piensa mejor si se intenta visualizar el trabajo completo como si de una novela se tratara? Y luego, ¿cómo saber que eso es lo que se ha pedido cuando se recibe el primer esbozo? Aunque no supo responderse, sí que había podido ver algo en los escritos de E., ella no estaba allí en lo que escribía, e intuía que eso era fundamental en un escrito como ese, supo que eso era lo que estaba esperando leer. Esperaba que su doctoranda abandonara el confort de la escritura académica al uso, dónde sólo se retoma la literatura existente y se comenta, describiendo

una realidad en la que no se está implicado... Pero, como si de un chiste se tratara, fue el confort el que las abandonó a las dos. A. dejó también de sentirse en casa, cómoda, sin necesidad de defender sus posturas epistemológicas y teóricas. Por primera vez le estaba ocurriendo en el departamento de psicología social lo que le pasaba cuando salía de allí. Los problemas comenzaron cuando A. intentó que la tesis autoetnográfica que dirigía fuera aceptada por el panel de seguimiento de la tesis. En el primer panel, el que evalúa el proyecto de tesis de los doctorandos, de todo lo que le dijeron a E. podía inferirse que no sabían o no entendían lo que era la autoetnografía. No pararon de preguntarle por el trabajo de campo o sobre el porqué las emociones tendrían que ver con la sequía, o le decían que le faltaba describir su análisis... A. descubrió que en el caso de la autoetnografía sus interlocutores ya no eran sus cómplices de siempre, y decidió que necesitarían un texto de presentación/explicación de la autoetnografía, para tenerlo a mano por si las moscas. E. hizo el texto, y para sorpresa de A., lo tuvieron que usar en todos y cada uno de los paneles siguientes, como si la autoetnografía estuviera tan fuera de lugar que a los miembros del panel se les olvidaran cada vez los argumentos... Así que tuvieron que explicar una y otra vez que el trabajo de campo es el mismo trabajo que el de la escritura, que la afectividad es el hilo conductor y el espacio de recreación y reconstrucción de lo social en estos textos y que por supuesto no hay análisis en el sentido tradicional, puesto que no se puede distinguir la investigación de la escritura.

A. se dio cuenta que esas dificultades reflejaban la parte más difícil del trabajo autoetnográfico. Una autoetnografía, mostraba las emociones, la afectividad, la implicación con lo que se trabaja pero también con cómo se trabaja, como espacio de reflexión, no, o no sólo, de contemplación o autocomplacencia. Pensó que era delicado porque las emociones de E. estarían expuestas, pero no pensó de inmediato que también las suyas lo estarían. No fue hasta recibir uno de los primeros borradores cuando vio que también sus emociones quedaban allí, que ella empezaba a ser protagonista también del relato autoetnográfico. Se sintió algo incómoda, muchos años de academia consiguen enfriar a cualquiera, pero estaba claro que esto no tenía remedio, las emociones, afectos, miserias y andanzas de todos los que tuvieran que ver en algún momento con esa tesis, con su texto y su producción, con su

reflexión y su lectura... estarían allí indudablemente. A. hacía muchos años que trabajaba sobre afectividad, como objeto de estudio, y también como práctica académica (Gil, 1999), y siempre había pregonado que no se podía estar tan desimplicado con lo que se hace, con cómo se hace y con los efectos y afectos de lo que se hace. Pero, ahora que estaba más cerca que nunca de conseguirlo... de saltar el trecho que separa el dicho del hecho... era través del trabajo de otra.

Como percibiste claramente en la actitud de los miembros del tribunal de E., escribir bonito, incluso el doloroso tránsito por las emociones, puede ser una condición necesaria pero no suficiente para participar de esa conversación que es la ciencia. Esta historia te obligó a desarrollar más argumentos para tus estudiantes de practicum. Les dijiste que la escritura científica es ante todo una literatura argumental, destinada a convencer, no a convencer en el sentido de producir una influencia, sino convencer en el sentido de crear una realidad, después de leer un texto científico, la realidad no puede seguir siendo la misma. Esta es la misión de la ciencia, construir mundos. Bonito, pero nada claro, te dijeron, eso también lo hacen los escritores de ficción, y les queda mejor. Bueno, si coincide con la misión, o al menos con el resultado, de la literatura de ficción, no es casualidad, se te ocurrió decir, ambas construyen mundos, porque ambos son ejercicios de escritura. La diferencia yace en que la literatura de ficción comparte con el lector justamente el supuesto de la ficción. Leyendo un libro de ficción te sientes tranquilo, en la cama, en el sofá o en el metro, sabes que nada te puede pasar. Cuando emerges del libro la vida sigue igual. No hay mucha diferencia entre una novela y un sueño, entre dejar de leer y despertarse. Si leer, al igual que soñar, cambia la vida es muy lentamente, sin querer queriendo, como quien no quiere la cosa, demasiado lento como para darse cuenta. El pacto con el escritor de ficción implica, que, si no quieres, no pasa nada, tienes permiso para entrar en la ficción buscando una distracción, si de paso aprendes algo, bien, pero si no, no pasa nada grave, a lo sumo el autor te habrá perdido como lector. En cambio cuando lees un artículo científico, exiges que el mundo no sea el mismo después, quieres aprender algo sobre la realidad, buscas información más que comunicación, buscas comprender, buscas cambiar, y lo quieres ahora, ya.

No fue fácil. Es complicado, muy complicado intentar argumentar a unos estudiantes preguntones que aunque ciencia y ficción se parecen mucho, no deben confundirse. ¿Cómo argumentarlo, después de haberles afirmado en otros cursos que la ciencia no tiene ningún privilegio, ningún acceso superior a la realidad, que solo cuenta con los instrumentos retóricos con los que se ha dotado, que solo cuenta con convenciones, acuerdos, negociaciones, pactos... y que tampoco tiene en su escritura ningún instrumento superior o diferente a otro tipo de discursos puesto que necesita de los mismos instrumentos que la ficción y la superchería? A falta de nuevos argumentos decidiste repetirte, por aquello de la insistencia: la diferencia entre la escritura de la ciencia y el resto de escrituras no es ontológica, claro, ni epistemológica, sino axiológica. El valor de la ciencia es más de tipo ético que de otra cosa: rigor, honestidad, transparencia, replicabilidad... Es decir, básicamente, explicitación de los procedimientos, nada de secretos de alquimista, nada de misterios, nada oculto que otros no puedan ver. Algunos estudiantes disimularon e hicieron ver que no habían leído a Latour y Woolgar (1979), otros efectivamente no sabían nada de cajas negras ni de procesos de cajanegrización, y eso les permitió seguir escuchando. Por eso te permitiste insistir en que ese valor no reside en la escritura sino en la voluntad del que escribe de ser riguroso, honesto y transparente y en los controles de la comunidad de los llamados científicos para obligarle a serlo. Aunque sin una buena escritura, no es posible comunicar esta voluntad. Porque, igual que la mujer del César, el trabajo científico no tiene sólo que ser honesto, tiene que parecerlo y para ello no hay otro camino que la escritura. Incluso la retórica de la no-retórica que para algunos debiera ser la ciencia, no puede dejar de ser, por supuesto, una escritura. Como en el fondo les dijiste que escribir ciencia es estar posicionados del lado de la honestidad, del lado del argumento, del lado del discurso racional (lógico, coherente, argumentado ¿y quién no quiere eso después de tantos años de escolarización laica?) esta vez parecieron más convencidos. Puras apariencias, los estudiantes de licenciatura son un hueso duro de roer, y no estaban dispuestos a aceptar tan fácilmente que si la ciencia ya cumplía con su misión de honestidad tal y como está establecida en sus formas dominantes, con sus hipótesis y sus procedimientos transparentísimos y sus deducciones y todo aquello que les habían explicado desde que entraron en la carrera, ¿por qué habría que hacer el esfuerzo de escribir bonito además? Te

obligaron a pensar, a triturarte los sesos, a hacer malabares, y finalmente a recrear otra lamentable demarcación. Les explicaste que en ciencias sociales y humanas, el investigador y el investigado se funden en su condición de personas, y que por lo tanto en ese caso se debe colocar al lector en el mundo que se construye, no se pueden apartar los afectos, al contrario, cuando se trata de hablar de personas, la única manera de poder transmitir conocimiento es a través de la creación de atmósferas afectivas, que permiten u obligan al lector a sentir en su carne como es vivir en la piel del otro investigado. Incluso, y eso te pareció un buen remate, que de hecho, ese conocimiento solo puede producirse trabajando la escritura con delicadeza, porque es el conocimiento mismo el que aparece mediante la acción de la escritura. No está allá fuera esperando ser encontrado.

Una atmósfera, afectiva, es necesaria para situar a alguien en un mundo habitable, en este aspecto, el trabajo autoetnográfico comparte con la ficción la no dependencia de su trama narrativa, no importa lo que ocurra, incluso si no ocurre nada, pueden ser una autoetnografía o una novela fascinantes, tampoco dependen de sus personajes, de si son creíbles, o son coherentes, de si están bien descritos o no, ni tan siquiera de si sus vidas son interesantes o no. Dependen en primer lugar de la creación de una atmósfera, es decir de un mundo al que nos podamos trasladar. Por esto, insististe una y otra vez que las etnografías que escribieran deberían de recrear mundos, producir una atmósfera. Que el lector al leerla quisiera, siempre con algo de temor, trasladarse a la isla de los Boro-Boro³, compartir con ellos lo que se siente vivir en esa isla, sentir los mosquitos en la piel, la refrescante brisa matutina, la angustia del ritual de paso, la serenidad de las tardes, el miedo a la brujería, que quisiera ver el sol salir por el horizonte sobre el mar en una mañana que ya era calurosa desde antes del amanecer, que quisiera sentir el sabor de la carne de iguana (de la que todo el mundo dice que sabe a pollo) cocida sobre un fuego hecho con ramas de palmera, que quisiera tener sed para probar el agua de un coco verde recién salido del refrigerador de la tiendita de la playa (por supuesto, en la isla de los Boro-Boro hace años que hay tienditas, electricidad y turistas... la antropología ya tampoco es lo que era). Lo interesante es que esto fue más fácil para unos

³ Los Boro-Boro son un recurso recurrente en los ejemplos que usas en tus clases, puramente retórico porque nunca te has preocupado por saber si existen, solo tienen un nombre suficientemente exótico, y con ello basta.

que para otros, C., S., O. y N. situaron sus relatos en entornos médicos. Esos entornos están suficientemente separados de la vida cotidiana, en el sentido de poseer una lógica propia, algo que todas constataron en sus autoetnografías, como para poder describirlos con suficientes detalles (la capacidad de ver los detalles la otorga el alejamiento y la extrañeza, parece ser).

La atmósfera está en el detalle. La precisión, algo muy científico, acaba siendo más importante de lo que parece inicialmente. El número de detalles que se recuerdan o se recrean es directamente proporcional a la relevancia vital de la experiencia narrada. Con esto te puedes dar cuenta de que, desgraciadamente, las únicas historias interesantes han sido las de aquellas estudiantes que tenían algo que contar antes de tropezarse con tu anuncio. Las de aquellas que, de forma imperiosa, querían hablar de ello, contar su experiencia. Estas encontraron la fuerza para escribir, para conseguir un ritmo de trabajo, para mejorar su escritura al ver que lo que decían no reflejaba la fuerza de su experiencia, de lo que sentían o querían hacer sentir sobre ella. Esto te indigna, sabes que esta no puede ser una condición para la escritura. Como te dijo S.” *Todos los trabajos que hice durante el transcurso de mi vida académica trataban de temas escogidos por mi o por el profesor y durante la construcción de la autoetnografía tenía la sensación que era la primera vez que el tema me había escogido a mi.*” (S., estudiante de psicología). ¿A donde iremos a parar si ahora son los temas los que nos escogen? Este problema no parece de fácil resolución, los estudiantes que no tenían una experiencia vital fuerte, excepcional, algo que hubiera cuestionado su identidad, incluso su integridad física, no lograron buenos escritos. Esto muestra claramente un déficit en la formación técnica de los estudiantes de psicología porque no se les enseña a escribir, pero también tu fracaso porque no supiste darles herramientas para narrar la banalidad. Les insistías en que la ciencia debe aprender de la literatura, de los buenos escritores, los trucos del oficio, las estrategias necesarias para convertir el vuelo de una mosca sobre una pieza de fruta en algo relevante, pero... ¡tú no lo sabes hacer! Les decías que si no podían situar al lector en su mundo, si no podían hacer que compartiera su realidad, hacer que la conociera, que sintiera como ellos, entonces fracasarían estrepitosamente en su misión, porque el lector saldría indemne de la lectura de

su trabajo, porque su mundo no se habría movido un ápice, porque al día siguiente no recordaría qué leyó, y el mundo seguiría formado por los mismos diminutos electrones y protones que el día anterior, porque otro habría sabido generar imágenes más poderosas que las de ellos. Pero como no eres escritor, porque para serlo hay que escribir, y tú también fuiste uno más de esos estudiantes de psicología a los que se aleja de la escritura, solo pudiste aleccionar, exaltar a las masas, pero no pudiste enseñar nada. Eso sí, tuviste mucha suerte de que existieran los estudiantes enfermos y los deportistas de élite, ellos sí pudieron recrear en sus escritos atmósferas potentes, y generaron sus buenas historias. Te introdujeron en una dimensión que no esperabas. Cada vez. Por ejemplo, aunque es algo dicho y repetido (Ellis y Bochner, 2000) que la autoetnografía tiene también poderes terapéuticos, no pensabas que también iba a suceder con tus estudiantes: *“La enfermedad me imponía una identidad anestesiada y la autoetnografía me permitía comunicarme con ella y ofrecerle los cuidados paliativos necesarios para sentirla como propia”* (S., estudiante de psicología). A. también te comentó lo bien que se había sentido cuando escribió su pequeño relato autoetnográfico sobre tecnología, para la carpeta de Athenea (Gil, 2007). Por supuesto puedes discutir si ese “efecto secundario” de la autoetnografía, merece o no lugar en tu discusión sobre escritura científica, pero, para empezar, sabes que es algo que no sentirás hasta que escribas, si llegas a hacerlo. Es probable que esta dimensión terapéutica sea compartida también por la mayor parte de ejercicios de escritura, sean o no académicos, porque al fin y al cabo ver puestos los problemas de uno, negro sobre blanco, permite tomar ciertas distancias. Lo cierto es que las autoetnografías de tus estudiantes consiguieron importantes efectos terapéuticos en sus vidas, te apene o no reconocerlo, y nunca lo buscaste. Por supuesto, tú que estudiaste psicología como todos, para ayudar a los demás, no estás enfermo, ni eres deportista de élite, tu vida es convencional y aburrida así que parece que por ahora nada te hará ponerte a escribir en serio (aunque A. no deja de intentarlo), y seguirás escribiendo artículos en revistas académicas al uso, para bien o para mal de la humanidad.

Procedimiento

Este cuento académico empezó escribiéndose en FocusWriter 1.3.3 y se prosiguió en

LibreOffice 3.3.3. una vez que tuvo ya cierta estructura. Uno de los autores empleó Word 7. En su escritura se emplearon dos archivos de notas y otro con recortes. Los archivos de notas se crearon a medida que a los autores se les ocurrían ideas, principalmente por la noche, aunque se escribían por la mañana. Algunas notas tenían 25 palabras y otras 250, ninguna nota tenía relación con otra, a no ser por compartir tema. No se ordenaron ni se conectaron las notas hasta que se tuvieron al menos una docena. El archivo de recortes solo sirvió para dejar cortadas y pegadas las frases y las notas que se fueron descartando a medida que se escribía, su única finalidad fue la de no dar por perdida ninguna palabra, por lo que cuestan, aunque ninguna de ellas regresó nunca al documento final. Fueron necesarias tres versiones del texto: la primera en primera persona, la segunda en tercera y la tercera en segunda (así fue como ocurrió, por supuesto hubiera sido más estético que las personas y las versiones se alinearan, pero ni modo). Durante el proceso se crearon cuatro copias de seguridad, de forma imprudente ninguna en un soporte externo. Algunas discusiones, subidas de tono, entre los autores dilataron el proceso más de lo previsto. Salvo tu deshonrosa excepción mucha gente escribió autoetnografías durante el cuento... algunos obtuvieron sus títulos de Licenciatura, de Maestría y de Doctorado con esos trabajos y muchos se sintieron mejor con sus vidas..., y aún no te han llamado para agradecerlo... la academia es ingrata, sin duda.

Referencias

- Aguirre, E. (2007). Exploración al acercamiento y consumo de nuevas tecnologías: un ejercicio autoetnográfico. *Athenea Digital*, 12, 278-285.
- Aguirre, E. (2010). UN RECORRIDO AUTOETNOGRÁFICO: DE LAS CONSTRUCCIONES SOCIALES DE LA SEQUÍA HACIA OTRAS CONSTRUCCIONES POSIBLES. Tesis doctoral. Departament de Psicologia Social. Universitat Autònoma de Barcelona. Recuperada el 29 de septiembre de 2011 en <https://www.educacion.es/teseo/mostrarRef.do?ref=905418>
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Denzin, N.K. & Lincoln, Y.S. (Eds.) (2000). *Handbook of Qualitative Research*. Second Edition, London: Sage.

El fracaso: sinsabores de la escritura y la ciencia

- Ellis, Carolyn y Bochner, Arthur (2000). Autoethnography, Personal Narratives, Reflexivity: Researcher as Subject. En Norman K. Denzin & Yvonna S. Lincoln (Eds.). *Handbook of Qualitative Research*. Second Edition, 733-768, London: Sage.
- Espinosa, H. (2007). Intersticios de sociabilidad: una autoetnografía del consumo de TIC. *Athenea Digital*, 12, 272-277.
- Esteban, M. L. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, 12. Recuperado el 29 de septiembre de 2011 de <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/12.pdf>
- Farré, A. (2007). La Taula Rodona: Universitat, Coneixement i Aprenentatge. *Athenea Digital*, 12, 305-314
- Feliu, J. (2001). Culturalisme. Psicologia social de la diferència cultural: Barcelona: Tesis doctorals en xarxa. Servei de Publicacions de la UAB. Recuperado el 29 de septiembre de 2011 de <http://www.tdx.cat/handle/10803/5415>
- Feliu, J. (2004). L'esclat de la diversitat. Les propostes de la postmodernitat. En Andreu, A.; Pascual, J. (Ed.), *Diferències humanes i diversitat* (pp. 1-40). Barcelona: Ed. UOC.
- Feliu, J. (2006). Ressenya de Locke, D. "Science as Writing". *Athenea Digital*, 9, n.p.
- Feliu, J. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital*, 12, 262-27.
- Fox, K.V. (1996). Silent Voices. A Subversive Reading of Child Sexual Abuse. En C. Ellis y A. Bochner. (eds) (1990). *Composing Ethnography*. Walnut Creek, CA: Alta Mira.
- Gil, A. (1999). *Aproximación a una Teoría de la Afectividad*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona. Consultada el 6 de octubre de 2011, en <http://www.tdx.cat/handle/10803/5454>
- Gil, A. (2007). De cómo comencé, seguí y me quedé con las TIC: afectos y efectos de género. *Athenea Digital*, 12, 286-292.
- Latour, B. i Woolgar, S. (1979). *La vida en el laboratorio: la construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza, 1995.
- Mena, M. (2007). "Esperant". Obra de teatre sobre les trajectòries de vida de dones immigrades. *Athenea Digital*, 12, 293-304
- Morillo, À. (2007). Autoetnografia de la relectura del treball: "els discursos de les organitzacions sindicals sobre la precarietat". *Athenea Digital*, 12, 315-321
- Passols, P. (2007). Autoayuda y escritura. Novela de Autoayuda. Grupo I+I. *Athenea Digital*, 12, 327-341
- Poó, Candela (2009). Qué puede un cuerpo (impaciente). Reflexiones autoetnográficas sobre el cuerpo y la enfermedad. *Athenea Digital*, 15, 149-168.

- Reynoso, C. (Comp.) (1996). *El surgimiento de la antropología postmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Richardson, Laurel (2000). Writing: A Method of Inquiry. En Norman K. Denzin & Yvonna S. Lincoln (Eds.). *Handbook of Qualitative Research*. Second Edition (923-48). London: Sage.
- Ronai, C.R. (1996) My mother is mentally retarded. En C. Ellis y A. Bochner. (eds) (1990). *Composing Ethnography*. Walnut Creek, CA: Alta Mira.
- Tillman-Healy, L.M. (1996). A secret life in a culture of thinness. En C. Ellis y A. Bochner. (eds) (1990). *Composing Ethnography*. Walnut Creek, CA: Alta Mira.
- Vera, S. (2007). El arte impulsador: monólogo. *Athenea Digital*, 12, 322-326